

EL AFRICA SUBSAHARIANA, EN BUSCA DEL EQUILIBRIO

El Africa subsahariana sigue sin la estabilidad necesaria para su progreso. Persiste el estado de convulsión y agitación que, habiéndose prolongado durante varios años consecutivos, perjudica su porvenir. La compleja perspectiva que ofrece el Continente es consecuencia de varias causas concomitantes. Entre ellas el enfrentamiento de los dirigentes que aspiran a cumplir la evolución africana dentro de unos cauces de moderación con aquellos otros que mantienen la tesis de que Africa, para cumplir su destino, debe liberarse inmediatamente de toda influencia occidental. Así, parece advertirse una acentuación del matiz izquierdista, un deslizamiento de las tendencias gubernamentales hacia posiciones de extrema izquierda. Esto representa no sólo la adopción de medidas políticas internas de carácter francamente socialista, inspiradas en la ideología de los países de la órbita de Moscú, sino que implica, en el plano exterior, la agudización del antioccidentalismo. La radical oposición a Occidente que, de forma más o menos solapada, han venido representando, desde su constitución en Estados soberanos e independientes, Ghana, Guinea y Mali—y que hubiese culminado en el Congo belga con el régimen de Lumumba—es norma de conducta que se va extendiendo gradualmente hacia otros Estados, principalmente de expresión francesa, donde la talla de sus dirigentes atemperaba la hostilidad antioccidental en el marco de un sano realismo político que, en definitiva, representaba la imprescindible continuidad de la ayuda europea en orden a proseguir la potenciación económica y educativa iniciada durante el mandato colonial. En este grupo de naciones, caracterizadas por su política más flexible, Togo, Senegal, Congo ex francés, Costa de Marfil, Dahomey y cierto número de otros Estados, representaban la inteligente adaptación del tránsito a la independencia sin bruscos virajes y sin innecesarias manifestaciones de fobia antioccidental.

En los últimos meses, no obstante, el panorama ha acusado signos evidentes de un potente trasfondo subversivo. En diciembre del pasado año tuvo lugar el espectacular golpe de Estado del Senegal dirigido por el jefe del Gobierno, Mamadu Dia, que pretendía asumir el poder absoluto derrocando al presidente Leopold Sedar Senghor. Si bien es cierto que los dos estadistas pertenecen a la Unión Progresista Senegalesa y que ambos son de formación marxista, parece haberse comprobado que Mamadu Dia trataba de implantar un régimen absolutista muy afín al que existe en Mali. El acto culminante de la tentativa surgió, efectivamente, cuando más de la mitad de los diputados de la Asamblea Nacional presentaron una moción protestando de que la ley sobre el estado de urgencia se hubiese convertido en un instrumento de opresión al servicio del jefe del Gobierno. Percatado de que la moción sería aprobada y significaría su destitución, Mamadu Dia ordenó que el Ejército y la Policía ocupasen la Asamblea. Al negarse a cumplir sus órdenes el Ejército, leal al jefe del Estado, fracasaron sus ambiciosos planes. A pesar de ello prosigue en el país la actividad de sus partidarios. El 21 de agosto se comunicaba oficialmente en Dakar que cierto número de personas, identificadas como «individuos desacreditados por el fracasado golpe de Estado», habían sido colocadas «bajo arresto domiciliario» por actividades subversivas.

El segundo acontecimiento que advertimos como expresivo de esta corriente consistió en el cruel asesinato del presidente de Togo, Sylvanus Olympio, perpetrado el 13 de enero. Olympio había concitado el odio personal de su poderoso vecino el presidente de Ghana, Nkrumah, que acaricia la idea de anexionar el pequeño territorio togolés a su propio Estado, que ya engloba el antiguo Togo británico. En Costa de Oro, actual Ghana, viven 40.000 ewes, en Togo británico (sur) unos 150.000 y una cifra similar en el Togo francés. Las fronteras arbitrarias trazadas por las administraciones coloniales habían escindido, así, una misma población entre los tres países. El 9 de mayo de 1956, el plebiscito controlado por la O.N.U. en el Togo británico hizo triunfar la tesis de la integración en Costa de Oro. Sylvanus Olympio vio desvanecerse el sueño de crear un Estado pan-ewe dirigido desde Lomé, pero Nkrumah vio la oportunidad de anexionar a todos los ewe bajo el mando de Accra. A partir de 1959, Olympio había revisado sus posiciones respecto al problema ewe. Después de la proclamación de la independencia de Ghana, los jefes ewe advirtieron que Nkrumah sustentaba una posición peligrosa para la autonomía de su pueblo, que demostraba que

la idea pan-ewe era apoyada por Accra como medio, no de unificarlos, sino de expansionar Ghana. Las ofertas de Nkrumah al Gobierno de Lomé en noviembre de 1959 y en febrero de 1960 de reunir ambos Estados suscitaron la viva oposición de Olympio, de su Gobierno y de la oposición, capitaneada por Grunitzky. Junto a este motivo de antagonismo se hallaba la postura moderada de Olympio opuesta a los extremismos de Nkrumah. El sucesor, Nicolás Grunitzky, parece continuar la política que, con respecto a Ghana, mantenía Olympio, aunque Accra haya efectuado espectaculares demostraciones de apoyo al nuevo presidente togolés con ocasión de la Conferencia de Addis Abeba.

En febrero se descubrió en Costa de Marfil un complot destinado a derribar al presidente Houphouët Boigny, cuyas declaraciones establecen que: «había sido preparado pacientemente por grupos políticos de jóvenes marxistas con el asesoramiento y ayuda de comunistas europeos». Fueron procesadas 85 personas y, el pasado mes de abril, el Tribunal de Abidjan pronunciaba 13 condenas a muerte, entre ellas la del ex ministro de Sanidad, Kone.

Con el derrocamiento del presidente del Congo ex francés, abate Fulbert Yulu, el pasado mes de agosto, se elimina de la escena política a otro de los dirigentes moderados con que contaba el Africa negra. La realista y prudente política de Yulu con motivo del ataque de la O.N.U. a Katanga, buscando una fórmula que evitase la extensión del caos en el país vecino, demostraba su talento de estadista. El Congo ex francés, turbulento país que ha sido escenario de sangrientas luchas tribales—como las de 1959 entre los baladí, bakongo, bateke y mbochi—ha demostrado su falta de madurez y el vacío de autoridad dejado por Yulu puede significar el retorno a las luchas intestinas.

El balance de esta serie de acontecimientos parece sugerir que la violencia y el extremismo pretenden adueñarse del Continente.

Cierto es, por otra parte, que la agitación subversiva no se limita a los países que mantienen una orientación más flexible. El secretario del Partido Democrático de la Independencia, de Costa de Marfil, pudo declarar que «el complot de Túnez, las granadas de Ghana, el asesinato de Olympio y el complot contra Tubman son acciones en cadena de inequívoca inspiración comunista». Pese a tan autorizadas palabras no cabe descartar que las maniobras soviéticas se vean favorecidas por las antagónicas corrientes que circulan por un Continente que no acaba de hallar la necesaria estabilidad

debido a la brusca interrupción de su evolución progresista por una independencia indudablemente prematura. Se afirma, reiteradamente, que las convulsiones acompañan necesariamente el alborear de estas nuevas situaciones, pero resulta evidente que, en Africa, la agitación sobrepasa, por sus dimensiones y su duración, los cauces normales. Tras de ella puede advertirse una desorientación y un desconcierto que puede significar que los hombres en cuyas manos se halla el destino del Continente no alcanzan la talla que las circunstancias demandan. En palabras de Spegler pudiera decirse que asistimos a un drama de gigantes representado por enanos.

* * *

Simultáneamente, se produce una proliferación de ideas y proyectos conducentes a la unidad africana. Como expresión de esa tendencia unificadora, que tan decisiva influencia supondría para el porvenir del Continente, tenemos—refiriéndonos sólo a los últimos meses—la Conferencia de Addis Abeba, la Conferencia de Dakar, la unión de Kenya, Tanganyka y Uganda y la idea de una unión de Estados del Africa occidental, que se extendería de Marruecos a Dakar, lanzada durante la reciente visita del presidente Senghor a Rabat. La reunión en Jartum de 30 ministros de Hacienda para la creación de un Banco Africano de Fomento puede inscribirse en esa trayectoria de integración.

Si examinamos los objetivos de esas reuniones interafricanas, que tanto se prodigan tras la independencia, puede observarse que no escasean las que tienen por finalidad el establecimiento de zonas regionales de unidad (Unión de Estados del Africa Occidental, Federación de Estados africanos orientales), las cuales, una vez consolidadas, podrían gradualmente fundirse en entidades de mayor envergadura. Es cierto que, tras el fracaso o el letargo de las primeras experiencias de este tipo (Unión Ghana-Guinea, Federación de Mali) resulta más sensato pasar por la prueba de unidades regionales para comprobar la viabilidad del proyecto. Frente a esta postura están las más ambiciosas, y suponemos que menos realista, de quienes pretenden, de un golpe, llegar a la unión de todo el Continente, procediendo a crear, inmediatamente, órganos directivos comunes como el Parlamento o el Ejecutivo africanos. En la Conferencia de Addis Abeba esta tendencia fué defendida a ultranza por Kwame Nkrumah. En la práctica se ha comprobado—grupos de Monrovia y Casablanca—la fragilidad, producto de la falta de madurez, en toda tentativa de coordinación política. Después de la independencia, los

cuatro países del «Consejo de la Entente» (Alto Volta, Costa de Marfil, Dahomey y Niger) habían tratado de seguir una política propia buscando la reconciliación con Guinea, que había atacado duramente a la Entente, y un acercamiento a Nigeria y Liberia. La tentativa no tuvo éxito porque los Estados vecinos temían la formación de un bloque demasiado poderoso que se convirtiese en núcleo de atracción y terminase por absorberlos. El resultado de las múltiples experiencias realizadas hasta ahora en Africa no permite albergar excesivos optimismos respecto a la viabilidad de proyectos muy ambiciosos.

Por otra parte, mientras se habla de unidad africana en términos grandilocuentes y se proyectan altos organismos supranacionales siguen sin resolverse los problemas acuciantes e inmediatos que turban la paz. Tales como el de los somalíes incluidos artificialmente en Kenya y Etiopía (problema planteado ruidosamente por el presidente Abdullah Osman en la Conferencia de Addis Abeba), el de los ewe de Ghana-Togo, el de los ashanti oprimidos por Accra, el de las aspiraciones de los kabyilas argelinos, los pleitos que enfrentan a Guinea con Sierra Leona, a Ghana con Costa de Marfil, a Camerun con Nigeria, al Congo con Gabon, a Ghana con Alto Volta, etc., etc.

No obstante, si las relaciones interafricanas se caracterizan por el recelo y el antagonismo que enfrenta a los diversos Estados, se demuestra, por el contrario, absoluta unanimidad en la hostilidad a Portugal, República de Sudáfrica y Rhodesia del Sur. El apoyo concedido a Holden Roberto por diversos Estados africanos tiene un significado puramente negativo, porque es un medio de fomentar el caos en la ahora pacífica provincia lusitana. Resulta curioso comprobar que se ataca, simultáneamente, a Portugal y Sudáfrica, cuyas políticas raciales son totalmente distintas y que sólo ofrecen el común denominador de constituir, ambas, firmes baluartes de la presencia occidental en Africa. Portugal jamás practicó la discriminación racial, que está severamente castigada por leyes seculares, en sus cinco siglos de presencia en el Continente. Además, con ocasión de la invasión de Angola se vió claramente que las tribus africanas habitantes de la provincia combatieron enérgicamente a los invasores, que consideraban extranjeros. La casi totalidad de la población de Angola se opone tanto al U. P. A. de Holden Roberto como al M. P. L. A. de Mario de Andrade y Agostinho Neto. Lo que no es óbice para que la Conferencia de Addis Abeba trate de imponer en Angola estos hombres que odian los propios africanos angoleños.

Con el ataque a la política sudafricana de segregación racial se pre-

tende, en realidad, borrar de la faz del Continente a un Estado fundamentalmente occidental. Resulta paradójico que los Estados Unidos se hayan decidido a cortar el suministro de armas a Sudáfrica «a causa de su execrable y horrible política racial». El ataque lanzado por Adlai Stevenson, en las Naciones Unidas, al Gobierno de Pretoria, constituye una más de las cínicas y equivocadas intervenciones del representante norteamericano en la Organización internacional. Washington, cuyas desgraciadas violencias raciales nutren cotidianamente los textos de las agencias informativas, carece de autoridad moral para reprobar unas ideas ampliamente practicadas en su país. En junio último, 20 de los 29 embajadores africanos acreditados en la capital federal protestaron ante el Departamento de Estado por las manifestaciones del senador demócrata—el partido del presidente Kennedy—por Luisiana, Ellender, en el sentido de que los negros están transformando a Washington en una «cloaca» y que no tienen capacidad para gobernarse a sí mismos. Los Estados Unidos son extremadamente racistas, a despecho de las leyes y disposiciones oficiales, y la inhibición en pleitos como el que afecta a la República Sudafricana sería la norma más honesta de conducta. De lo contrario, surge la sospecha de si la reprobación oficial no estará movida por el deseo de controlar unas fuentes de riqueza que Wall Street no estima, en modo alguno, despreciables.

Por otra parte, se habla de «opresión» racial en Sudáfrica, silenciándose que el Gobierno ha creado 6.591 escuelas para los negros y sostiene 27.000 maestros bantúes y 48 escuelas normales, que más de millón y medio de niños indígenas asisten a clase y que se invierten más de 3.360 millones de pesetas en la educación de los bantúes y otros pueblos no blancos. Existe una Universidad de cultura negra y gran número de graduados bantúes: 70 médicos, 70 bibliotecarios, 50 abogados, 7.000 enfermeras, etc. Estos datos indican que existe una preocupación por elevar el nivel de vida de las poblaciones africanas. Los presupuestos de asistencia social son gigantescos. En los últimos diez años se invirtieron 17.000 millones de pesetas en la construcción de viviendas para las poblaciones urbanas bantúes y el último año las donaciones y pensiones que se les entregaron llegaron a los 600 millones de pesetas. Estas cifras contrastan con el desolador panorama que ofrecen, desde la independencia, muchos Estados africanos donde se han cerrado las escuelas por falta de medios y de atención y el paro alcanza proporciones abrumadoras, faltando, asimismo, la asistencia social. La regresión en la esfera de la sanidad es alarmante, habiendo reaparecido, en tales

flamantes Estados, enfermedades que se consideraban ya extinguidas del Continente. El retroceso en todos los terrenos es general, pero el triste panorama no contiene a los anticolonialistas a ultranza que no reparan en los efectos de su obra y desean extender la barbarie a los pocos territorios que, como Sudáfrica, por estar al cuidado vigilante de un Gobierno auténticamente civilizado, se muestran ascendentes en el camino del progreso del que participan, en primer término, las poblaciones africanas.

La hostilidad a Rhodesia del Sur alcanzó su más significativa expresión en la Conferencia de Addis Abeba, en la que se aprobó, por unanimidad, una resolución propugnando la inmediata ruptura de relaciones diplomáticas con cualquier Estado que reconozca a un eventual Gobierno de Rhodesia del Sur «dominado por una minoría blanca». La embestida contra la Federación de Africa Central, desplegada por los «nacionalistas» africanos, ha acabado por fragmentarla y será disuelta oficialmente el 31 de diciembre. Han triunfado, una vez más, los «descolonizadores», aunque las poblaciones africanas de las dos Rhodesias habrán de padecer las consecuencias de su «liberación» manifestada por un brusco descenso de su potencialidad económica; pero los altos dirigentes negros no se fijan en el bienestar de las masas que arrastran a la miseria y sólo aspiran a su propio beneficio y a saciar sus apetitos de mando. La Gran Bretaña ha decidido hacerse cargo de la deuda pública federal, que pasa de 300 millones de libras. Los dirigentes africanos están acostumbrados a recibir dinero a manos llenas de las potencias «colonialistas» a las que denigran y vituperan diariamente y a las que combaten en toda ocasión que se presenta, en los areópagos internacionales, alineándose con el bloque oriental bajo el pretexto del neutralismo.

En relación con este aspecto cabe señalar la creciente belicosidad que exhiben los Estados africanos. Los países independientes han llegado a un punto en que se arrojan la potestad de definir lo justo y lo injusto en el Continente. No se limitan a pedir o a solicitar, sino que exigen y actúan. La resolución de la Conferencia de Addis Abeba acordando la creación de un «cuerpo de voluntarios» para ayudar a la independencia es un hecho sobremano elocuente. La propuesta de Seku Ture de que los Estados africanos independientes establezcan un plazo para la total descolonización del Continente «después del cual deberán actuar nuestras Fuerzas Armadas» constituye la expresión pública de un proyecto de agresión armada por parte de numerosos Estados miembros de las Naciones Unidas, sin que la Organi-

zación internacional encargada de vigilar el mantenimiento de la paz—siempre tímida y vacilante en estos casos—se dé por enterada de planes belicistas tan divulgados por la propaganda. Claro está que el desprecio que muestran los países africanos por la O. N. U. es público y notorio. En la Conferencia afro-asiática de Moshi (Tanganyika) de febrero pasado, una de las resoluciones proclamaba que «las Naciones Unidas son un vehículo del imperialismo norteamericano» y que «su estructura actual debe ser revisada». Pese a este desprecio, la Conferencia de Addis Abeba acordó que los Estados africanos deben exigir una participación más importante en el Consejo de Seguridad. La Organización internacional se está convirtiendo, paulatinamente, en un instrumento al servicio de la «negritud».

* * *

Parece deducirse que las convulsiones a que nos venimos refiriendo son comparables a los movimientos sísmicos que preceden al establecimiento de un perfil definitivo de equilibrio en la corteza terrestre. Africa, en pleno siglo XIX, se encontraba aún en la edad de piedra. Cuando los medios técnicos y los avances científicos hicieron posible la penetración del Continente, este arcaico tipo de vida se puso, bruscamente, en contacto con las formas más evolucionadas de la sociedad occidental que eran, precisamente, las que poseían las naciones colonizadoras—Gran Bretaña, Francia, Bélgica, etc.—situadas todas ellas en el primer rango del progreso. Este brutal contacto de culturas sacudió, a la larga, los cimientos de la sociedad indígena provocando el resquebrajamiento de las instituciones seculares. Pero el africano, hasta la segunda guerra mundial, tenía ante sí únicamente el ejemplo de este tipo de vida, el occidental, antagónico al que había llevado durante siglos: el socialista. En toda la inmensa extensión del Continente, las tribus poseían la propiedad comunal en la agricultura, caza o pesca. La propiedad privada estaba reducida a su más simple expresión. Por esto resultaba difícil al africano la acomodación a la civilización occidental que implicaba una serie de nociones totalmente extrañas a su espíritu. No obstante, cuando en la postguerra la propaganda comunista, rusa primero y china después, se difunde por el Continente, las masas africanas creen haber hallado la fórmula de sociedad más afín a la que poseían en la etapa precolonial. Esta tesis queda claramente expresada en las palabras que pronunció Doudou Gueye en octubre de 1960 en Baden: «Tenemos el privilegio de poder pasar del estado semiprimitivo de nuestra economía a un estado socialista, sin cruzar previa-

mente por el capitalismo... Somos, por vocación, socialistas. Pensamos que el socialismo no está solo en los planes de producción y en las perspectivas económicas. Es también una manera de ser, de pensar y de concebir el mundo.» De hecho, en Ghana, por ejemplo, se ha instaurado un sistema que, en su última raíz, no difiere del que haya sido implantado en cualquier democracia popular de nuevo cuño como pueda serlo Checoslovaquia. Esto no resulta sorprendente si tenemos en cuenta que Kwame Nkrumah era un antiguo militante comunista durante los tiempos de su estancia en la Gran Bretaña. Su formación sigue siendo profundamente marxista y el sistema que ha implantado en su desgraciado país no tiene nada que envidiar al de la época stalinista en punto a rigores y despotismo. La complacencia con que acude reiteradamente a Moscú a recibir los premios que le dispensa el Kremlin, la diligencia con que se aplica a torpedear, en el plano internacional, toda iniciativa occidental, son buena prueba de que persiste en la ideología. Lo que sucede es que en Ghana se ha instalado como un emperador, ha acumulado inmensas riquezas, disfruta de un poder omnímodo que no ha de compartir con nadie, ve sus estatuas alzarse en ciudades y aldeas y resonar en su alabanza el grito de *Osageyfo* (redentor) que le aplica, dócilmente, la multitud. Y sabe que estos signos del «culto a la personalidad» desaparecerían en el momento en que, formalmente, ingresara en la «hermandad socialista» en cuyo preciso instante debería rendir cuentas de su actuación. Por eso, ya que la Constitución lo declara presidente vitalicio, prefiere esperar hasta que desaparezca del mundo de los vivos—cosa que puede ocurrir en cualquier momento, vista la profusión de bombas que le vienen dedicando sus pacientes súbditos y a pesar de que uno de los títulos que se arroga es el de «inmortal». Viene a ser, en cierto modo, un Tito africano. Y otro tanto sucede con Seku Ture, al que las milicias socialistas aclaman al grito de *Silly*—elefante, que consideran como símbolo de la sabiduría—, cuyo régimen, en un estricto análisis, no difiere del que pueda ofrecer Polonia. Por esto resulta sorprendente la afirmación de quienes consideran que el comunismo no podrá abrirse camino en Africa, puesto que, de hecho, en ciertos países rige ya bajo la forma peculiar que la ortodoxia marxista ha consagrado en el caso yugoslavo. En la conducta de los nuevos Estados africanos se observa que, pese a algunas apariencias occidentales en su funcionamiento, predominan rasgos que pueden interpretarse como de africanos primitivos o, también, como comunistas, ya que ambos coinciden en su totalidad. Las luchas encarnizadas entre los jefes para apoderarse del mando

absoluto, las drásticas «purgas» de quienes se significan demasiado, el partido único de ideología marxista y un vigoroso sistema policiaco al servicio exclusivo del jefe, constituyen el signo común de estos Estados y no son otra cosa que un remedo de las características soviéticas o de la denigrada Albania. Los celos que separan entre sí a los flamantes jefes de Estado, impidiendo todo intento serio de unidad africana, en su pugna por dirigir el movimiento panafricanista a escala continental, es un fenómeno análogo al que separa a Jrushev y Mao Tse-tung, que obstaculiza la unidad comunista, en su objetivo de apoderarse del mandarinato marxista-leninista a escala universal. El hombre político del Africa actual se mueve estimulado por los mismos resortes psicológicos que actuaban en el jefe de tribu o de clan y que se ejercen, hoy, en el comisario de distrito de cualquier país comunista, ya que ambos coinciden en el primitivismo de sus estímulos. La desenfadada pasión por los palacios suntuosos—que, hoy, se construyen por doquier en Africa con los fondos destinados al «desarrollo» de los países—es comparable al ansia de *datchas* en el Mar Negro que ostentan los dirigentes moscovitas y la proliferación de cargos de prestigio—Embajadas, Congresos, etc.—son similares en Africa y en el Este. Mientras tanto, la masa anónima, la gran masa, va siendo ganada por el socialismo, lenta, pero fatalmente. En pocas décadas, Africa puede ser un Continente radicalmente socialista aunque, tal vez, sus estructuras difieran de las que ofrecen las actuales democracias populares. Los resonantes incidentes de los estudiantes negros en Bulgaria y los menos divulgados de sus colegas en Moscú y Pekín, de donde fueron expulsados nueve cameruneses, indican que el socialismo africano tiene sus propias formas de expresión. En la tradición africana, inscrita en su espíritu ancestral, el jefe representaba el espíritu colectivo. El jefe elegido por los miembros de la tribu simbolizaba la tribu misma. Ahora, mediante procedimientos «democráticos», hemos visto revitalizarse la misma noción. Para todos, Ghana es el país de Kwame Nkrumah; Guinea, el de Seku Ture; Liberia, el de Tubman; Kenya, el de Jomo Kenyatta; Costa de Marfil, el país de Houphouet Boigny; etc. Hay demasiados «culto a la personalidad» para que el socialismo africano pueda pasar, sin más, a la obediencia del Kremlin. La mayoría de los dirigentes de las nuevas naciones africanas desconfían, por igual, de los modelos políticos que les sugieren, o pretenden imponerles, el Este o el Oeste. Comprenden que una democracia de tipo parlamentario no se ajusta a su tradición y no es operante. Basta recordar los ejemplos del Parlamento de Leopoldville o de Dakar para comprobarlo.

Pero rehusan, también, toda sumisión efectiva al totalitarismo soviético que establece unas limitaciones a las cuales no desean plegarse, en modo alguno, los omnipotentes jefes de Estado africano, que sólo se ponen de acuerdo, unánimemente, cuando se trata de devolver a la barbarie a las escasas regiones del Continente que aún no han sido sumidas en el desconcierto y en la anarquía. El entendimiento entre los dirigentes es, por lo tanto, de signo puramente negativo.

El excesivo personalismo de los dirigentes ha impedido la resolución del problema más urgente: la integración de países, frecuentemente minúsculos (Togo, Gambia, etc.), o de escasa viabilidad económica, en unidades más amplias. Sin olvidar que los 180 millones de analfabetos que pueblan el Continente, y cuyo número en virtud de las circunstancias presentes ha de incrementarse, constituyen un pesado lastre a toda tentativa de reestructuración. Para resolver aquel problema sería preciso que los grandes jefes se aviniesen a sacrificar parte de sus considerables prerrogativas en aras del progreso africano. Esto dista mucho de conseguirse, porque, como decía Houphouët Boigny: «los propugnadores del panafricanismo quieren la unidad, pero alrededor de su país y de su persona. Apenas liberados, quieren partir a la conquista de otros pueblo. No es así como yo concibo la evolución africana». Que no se trata de una opinión aislada lo demuestra el que reproches parecidos los formulan otros estadistas aunque, algunos de ellos, cuando han ocupado el Poder, han proseguido una trayectoria encaminada, exclusivamente, a su provecho personal, dando al olvido la necesidad de trabajar abnegadamente por la unidad. Este es el caso, entre otros, del ya mencionado Mamadu Dia, que, en una obra de raro mérito (*Nations africaines et solidarité mondiale*) dice: «Esto hace estúpidas ciertas disputas en torno a fronteras que parecen apasionar hasta el más alto grado a los dirigentes africanos... Se habla con grandilocuencia de la unidad africana. Se denuncian con vehemencia las divisiones establecidas por las autoridades coloniales. Pero ninguna tentativa seria, desinteresada, se ha emprendido para reparar el mal y operar reagrupaciones inspiradas por un deseo sincero de unidad. A la cooperación horizontal se prefiere a veces, por oportunismo o por razones de propaganda personal, alianzas verticales fundadas en un espíritu que agrava las viejas divisiones.» No basta con lanzar planes capaces de asombrar. Como el de la Federación de los Estados Unidos de Africa, que con tanto ahinco defendía Nkrumah aspirando a convertirse en su cabeza visible. O el de los otros Estados Unidos de Africa, planeado por Obafemi

Awolowo, mediante el cual Nigeria sería el país dirigente de una inmensa constelación de Estados: Camerun, Ghana, Liberia, Sierra Leona, Guinea portuguesa, Gambia, Dahomey, Togo, Costa de Marfil, República de Guinea, Mali, Senegal y alguna otra nación más. Forjar estos proyectos resulta fácil. Lo difícil consiste en lograr una adhesión sincera de los jefes de Estado afectados, llevar al convencimiento de que sólo mediante potentes unidades regionales esos Estados serán económicamente viables y no se verán, como hasta ahora, obligados a subsistir mediante las «ayudas» que obtienen, indistintamente, del Este y del Oeste. Desgraciadamente, no se conoce al estadista cuyo prestigio, solvencia y desinterés pudiese imponerse y llevar a efecto esa misión trascendente. Por eso, mientras tanto, fracasan los planes en medio de una intensa agitación. Y, como también dice Mamadu Dia, «no debe confundirse la edificación de la nación con la vana agitación».

Una nación—llámese Estado, Federación o Confederación—no es un pañecillo para cuya elaboración basta mezclar unos ingredientes y someter la masa a una cocción. Una nación auténtica se forma en torno a unos ideales, una vocación colectiva, para cumplir una misión. Sus integrantes deben poseer una conciencia nacional. En Africa, la idea de nación—como la de pueblo y de Estado—era un concepto extraño a su espíritu que se movía, tan sólo, por oscuras solidaridades de clan o tribu. La nación es una idea que ha sido inculcada al africano, y ello hasta cierto punto, y sólo entre las élites formadas en los ambientes occidentales, por la Europa de la colonización. La ideología de la nación ha entrado en Africa por vías de la educación europea. Y precisamente en los momentos en que el Continente está más necesitado de fortalecer y vigorizar esa educación para poder hacer accesible a las masas desarraigadas de sus primitivas sociedades—cuya cohesión tribal ha sido quebrantada por la colonización—, esos conceptos fundamentales, las nociones que han de forjar la futura grandeza africana, en ese momento, decimos, los grandes teóricos reniegan de la educación europea y propugnan el retorno a sus atávicas ideologías. Así, un destacado africano, Alioune Diop, escribe: «Nos parece ilógico e inevitablemente peligroso que Europa nos eduque. La educación, en nuestro caso, es difícilmente disociable de la violación de las conciencias. Dirigida de cierta forma, nos lleva a la impotencia y nos hace sentirnos inseguros en el mundo moderno. En efecto, tiende a negar nuestra personalidad, a privarnos de un nombre (como diría Amrouche), a arrancarnos de un sentimiento legítimo.» Y también

Sedar Senghor exclama: «La liberación cultural es la condición *sine qua non* de la liberación política.»

* * *

En Africa se está en vías de transformar en realidad estremecedora la frase del Chigaliev de *Los endemoniados*: «Nueve décimas partes de la Humanidad deben ser privadas de la voluntad y convertidas, mediante la educación conveniente, en rebaños.» Unos rebaños azuzados por el odio a Occidente.

JULIO COLA ALBERICH.